

# ORIENTE Y OCCIDENTE

Platón, en su «República», buscaba el bien de su entrañable país helénico seleccionando intelectuales y sabios. La medida era, y sigue siendo, acertada. Son las ideas, nacidas en el campo intelectual, las que rigen los destinos de las naciones, pero análogamente a la vida humana, toda ideología tiene infancia, juventud, madurez y decrepitud, y mientras en algunos pueblos esta sucesión de edades es lenta, progresiva y eficiente, en otros se sucede con anárquica rapidez y con notoria incapacidad de asimilación. De ahí, el choque de ideas, culturas y civilizaciones.

¿Del actual y patético choque entre Oriente y Occidente europeos, no podríamos hallar también sus raíces en la diversa evolución cultural, ideológica y, sobre todo, religiosa de ambos pueblos? Analicémoslo.

Occidente ha vivido, por un período superior a dos milenios, saturado de romanismo. Se objetará el bache de las invasiones bárbaras. Es verdad que el mundo germánico aportó muchísimo a la estructuración de la Europa medieval, pero la cultura, la filosofía, las ciencias... continuaban, en el fondo, siendo herederas de Roma. Nadie dirá que la cultura de Isidoro, Boecio, Casiodoro, Beda, Alcuino, Escoto Eurígena, etc., fuera germánica. Escribían, más o menos correctamente el latín y pensaban, en el fondo, a la manera romana. Es cierto que con las invasiones y sobre todo con la rotura y quiebra de la unidad mediterránea por los árabes, en el siglo VII, Europa se sumió en un estado de languidez y postración, pero aceptando todas las variadas influencias germánicas, árabes, normandas..., Occidente continuaba apoyándose en una superior cultura, el romanismo, y singularmente en el espíritu sobrenatural del cristianismo.

En Rusia, en cambio, no se puede hablar de una propia y verdadera cultura hasta la introducción del cristianismo alrededor del año 1000, cuando Occidente llevaba ya mucho más de un milenio de romanismo. Ciertamente que los tratos de los rusos con los Chazary y su misma vida comercial son pruebas de que tenían una concepción de vida no bárbara, pero, sin embargo, la conversión al cristianismo fué la que dió a estos elementos iniciales la posibilidad de desarrollarse hasta un nivel de cultura y civilización adecuadas: la conversión llevó consigo el conocimiento de la escritura, elemento indispensable para la difusión de nuevas ideas; éstas, además, estaban fundadas sobre principios morales de un nivel muy superior al antiguo; y es, gracias a la cristianización del pueblo ruso, que fueron más frecuentes las relaciones con otros países y singularmente con Bizancio.

La vida de Bizancio suscitó en los rusos el deseo de una existencia más rica: en cuanto al culto, aspiraban a ser un reflejo de aquella magnificencia arquitectónica, que había fascinado a los rusos que conocían Bizancio; con relación a la escritura, Bizancio no podía obrar directamente sobre Rusia, necesitaba un intermediario, y éste lo encontraron en los búlgaros que, desde fines del siglo IX, poseían ya muchos libros escritos en eslavo y muchísimos traducidos del griego. Dada la semejanza de las lenguas eslavas, estos libros pudieron ser accesibles a los rusos. Con la conversión al cristianismo, se sintió la necesidad de leer y formar científicamente al

clero ruso, y el afán de cultura trajo consigo la creación de las primeras escuelas, de lo cual se preocupó el mismo rey san Vladimiro († 1015).

Del primer impulso de la necesidad, se llegó rápidamente al adorno y lujo. El primer acercamiento a Bizancio modificó los hábitos y costumbres, y empezaron a penetrar los vestidos a la manera griega, las joyas, los adornos helénicos en encuadernaciones y viñetas de códices, los vestidos de seda .. En una palabra, con la introducción del cristianismo se elevó el nivel de vida, penetró una superior cultura, helénico-bizantina, y se crearon ulteriores aspiraciones.

Sería, no obstante, un error comparar este nivel de vida ruso con el occidental y bizantino. Era un estado de incipiente cultura, pero le faltaba firmeza y cohesión. Es suficiente pensar que en los primeros siglos de civilización rusa, en Occidente surgían las universidades de París, Bolonia, Padua, Oxford. Salamanca, Praga..., que se llegaba a un análisis y síntesis perfectísimos de la doctrina católica con santo Tomás de Aquino, que las ciencias naturales, la física, la medicina y la geografía ponían ya entonces los cimientos de las futuras conquistas modernas. ¡Oriente y Occidente eran dos entidades culturalmente distintas!

Además, amemazada seriamente la cultura eslava por la Horda de Oro, Rusia no pudo prácticamente renovar su vida cultural hasta la toma de Kazán, en 1552. Desde aquellos momentos culminantes, el pueblo ruso místico y pasivo, se agrupa en torno de la figura del Zar. La realeza rusa queda intangible, infalible: el pueblo ruso, y singularmente el siervo de la gleba, sabía muy bien que era explotado, de una manera desmesurada, por la clase noble, y en su desesperación se agarraba a la figura del Zar. Así nació la leyenda del Zar. Si el mundo es malo la culpa está en los nobles, entrometidos entre el pueblo y el Zar, para maltratar a aquél y engañar a éste. El Zar es justo y benévolo; no tiene posibilidad de conocer la verdadera realidad de las cosas y venir en su ayuda.

Con Pedro el Grande († 1725), la Rusia bizantina-helenizada otea ansiosamente hacia Occidente. Desde aquel momento, el Zar occidentalizado ya no será un ser lejano: se obra la verdadera revolución psicológica del pueblo. Nadie podía ya decir que Pedro el Grande no está informado de la verdadera realidad nacional. El pueblo lo había comprendido, y por esta razón hacía responsable al Zar de todas las injusticias sociales y lo criticaba sin remisión.

Rusia había concentrado su atención hacia Occidente, pero era ya tarde. Anteriormente a Pedro el Grande, un exasperado monje, Lutero, había levantado bandera de rebelión. Occidente había perdido su equilibrio, su unidad romana, su ideal colectivo cristiano... Desde entonces le falta unidad en la verdad y en el amor.

Mientras la Iglesia ortodoxa rusa se precipita hacia un degradante servilismo estatal, Rusia sólo conocerá de la Europa dividida a los iluministas Voltaire, Rousseau, Diderot .. En una palabra, Rusia nada sabrá, o querrá saber, del heroísmo de un Javier o de un Pedro Claver, del verdadero sentido de la catolicidad, de los teólogos Suárez, Laínz o Melchor Cano, del espíritu de la Contraprotesta, de los antiguos gremios obreros, de la abolición de la servitud de la gleba .. Rusia sólo conocerá la Europa sangrante, posterior a la paz de Westfalia (año 1648): una Alemania deshecha y una Europa iluminista, galicana y absolutista, en la cual la ingerencia civil en los asuntos eclesiásticos estará en el primer plano de la vida política. No penetrará Rusia en la esencia íntima del catolicismo. Continuará, pues, el Zar moscovita con su despotismo, mientras el pueblo, algo conmovido ya por las ideas occidentales, iniciará su oposición. Con una iglesia ortodoxa, esclava del Estado,

desgajada de Roma y sin vida, Rusia será incapaz de conocer el verdadero y entrañable sentido de las virtudes cristianas de la justicia y el amor. ¡Qué otra hubiera sido, seguramente, la suerte de Rusia de no haber existido un Lutero disgregador!

Si, en la política externa, la enciclopedista Catalina II († 1796) siguió las normas de Pedro el Grande, en la interna poco se mudó. La misma Zarina afirmaba: «Lo que yo haya hecho en Rusia será sólo como una gota de agua en el océano». No pudiendo ser Catalina II reformadora del pueblo, se contentó con ser una iluminista educatriz. Por eso, sin modificar el orden existente, creyó que la verdadera solución era actuar sobre las mentes, pero a la cultura rusa y al iluminismo les faltaba base y tradición, que sólo podía darlas el Catolicismo. Es por esta razón que el desengaño de Rusia fué fatal, y los gérmenes de un paneslavismo, opuesto rabiosamente al Occidente, tenían forzosamente que desarrollarse. Moscú se endereza orgullosamente como la Tercera Roma. La antigua Roma cayó en la herejía; la segunda, Bizancio, en manos de los incrédulos musulmanes; la Tercera Roma, Moscú, iba a ser el centro de la verdadera ortodoxia, el antiguo «umbilicum orbis» romano. El Occidente iluminista no podía satisfacer a la nueva Rusia, y los gérmenes de un paneslavismo a ultranza estaban ya sembrados.

Fruto de la guerra de Crimea, del siglo pasado, fué el hecho de desarrollarse profundamente en el alma rusa la idea paneslavica. Esta ideología, en el aspecto cultural, tenía ya sus raíces, como hemos dicho, en los tiempos de Catalina II, y hasta un poco antes, pero fué entre los años 1830-1840 cuando se difunde ampliamente. La base la proporcionaba ahora la ideología romántico-idealista procedente de Alemania, pero siguió sus propios caminos en el aspecto literario y político. Común fué la idea de que Rusia había tenido una propia cultura, viciada después por los occidentales. Alemania, que es, sin duda, la que más había corrompido la mentalidad rusa, era la que paradójicamente ofrecía la base de este movimiento idealístico eslavo. El idealismo hegeliano no encontró mejor comprensión que en la Rusia del siglo XIX.

En el año 1871, Danilevskij escribía su libro, «Rusia y Europa», evangelio del paneslavismo. Leamos algunos puntos de su capítulo «La cuestión oriental»: «Los eslavos deben federarse desde el Adriático al Pacífico, desde el Mar Polar al Egeo. Su unión será consistente y vital si a su cabeza está Rusia. De esta unión deben formar parte los magiares, los rumenos y los griegos, sobre todo estos dos últimos pueblos que están permeados de sangre eslava, y de profunda ortodoxia. Ocho estados formarán parte de esta gran confederación: 1.º El Imperio Ruso con la Galitzia y la Hungría septentrional, habitada por ucranianos. 2.º El reino Bohemio-Moravo. 3.º Servia, Croacia y Eslovenia. 4.º Bulgaria. 5.º Rumanía. 6.º Grecia. 7.º Hungría. 8.º Constantinopla. Esta última, liberada de los turcos, tiene que ser la capital del Zar eslavo, pero no la capital de Rusia. Polonia tiene que ser parte integrante de la misma Rusia».

En sus años de fervor eslavo, Dostoevskij acusará una patente influencia de Danilevskij. He aquí lo que escribe en su «Diario de un escritor»: «Rusia no puede traicionar la gran idea transmitida por los siglos y que, hasta ahora, ha seguido sin vacilar. Esta idea no es otra que la unión de los pueblos eslavos».

Si, en el aspecto racial, Rusia iba formando un telón de acero entre Oriente y Occidente, en el social se confirmó en su rivalidad. Frente al pernicioso liberalismo económico, secuela del liberalismo religioso luterano, surgió el comunismo, que en su forma estatal autoritaria cuajó perfectamente con el tradicional espíritu despótico ruso, poco saturado del verdadero sentido cristiano de respeto a la persona humana.

Una vez más, Alemania envenenaba a Rusia: antes de la traducción del libro de Marx, «El Capital», que se realizó en 1868, muchos aristócratas rusos, y es afirmación del mismo Marx, habían ya empezado a interesarse por su persona y doctrina. La obra quedó consumada con el fatídico envío alemán de la persona de Lenin a Rusia, dentro de un vagón sellado, para obrar así la revolución comunista que había de terminar con Nicolás II y la época zarista.

Rusia ha tenido una evolución ideológica y social extremadamente rápida. De la liberación de los siervos de la gleba, en 1861, pasaba, en 1917, al comunismo.

La servil y estatal religión ortodoxa ha sido absolutamente incapaz de informar el alma rusa del verdadero sentir cristiano. Por esto, Rusia materializada sigue agravándose en su mal crónico. Rusia sigue la misma trayectoria zarista, pero extremadamente centuplicada: despotismo zarista transformado en despotismo estatal comunista; paneslavismo en internacionalismo comunista; servitud de la gleba en esclavitud del pueblo; opresión de la iglesia ortodoxa por atroz persecución contra toda ideología religiosa y singularmente contra el catolicismo, al que no pudo, o no quiso, conocer. Rusia sigue su tormentoso camino, y el mismo Krushev nos lo advierte claramente: «Las naciones occidentales deben recordar, de una vez para siempre, que nosotros no renunciaremos nunca a nuestras ideas, a nuestra lucha por el comunismo». Es por esta razón, que con profundo espíritu observador ha dicho el generalísimo Chang-Kai-Chek: «La muerte de Stalin puede dar origen a una forma más insidiosa del comunismo».

Rusia no ha conocido el verdadero Occidente; le falta conocer el equilibrio y madurez del dogma cristiano y de la doctrina social católica, informada primordialmente en el mandamiento de amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo por amor de Dios. Es que para que la unión entre las naciones sea positiva y verdadera es necesario que «la coexistencia en el temor y en el error desaparezcan y triunfen en su lugar la coexistencia y la *convivencia* en la verdad y en la caridad. (Pío XII. Al Centro Italiano de Estudios para la Reconciliación Internacional, 13-X-55).

Ahondemos y profundicemos en el estudio de la continuidad de la Iglesia Católica Romana sobre todos los errores, sean occidentales u orientales, que como dice Bossuet, en su «Discurso sobre la Historia Universal»: «Todo lo que rompe esta cadena, todo lo que se aparta de esta continuidad, todo lo que aparece por sí mismo y no viene en virtud de las promesas hechas a la Iglesia, desde los orígenes del mundo, nos debe causar horror». No se precipitará en la decrepitud, solamente tendrá perenne virilidad, aquella cultura que sea informada por el espíritu sobrenatural. Las demás, tarde o temprano, perecerán.

LUIS SERDÁ, pbro.